

Sobre la divinidad de *ser* en el humano y sus implicaciones estéticas

Braulio Madrigal Rodríguez

El acto de creación en sí mismo conlleva una intención ligada a la divinidad, al absoluto, a *lo numinoso*, según acuñara el teólogo alemán Rudolph Otto, a aquello que es inefable y que se manifiesta a través de la modificación voluntaria de la materia. Incluye, además, acciones y pensamientos que son mediados por una inteligencia sensibilizadora y sensitiva, la del creador-creadora que, mediante un génesis interno y artístico, exteriorizan aquellas originarias insinuaciones hacia lo sagrado, hacia lo que de creativo cohabita y mora desde tiempos inmemoriales en la imaginación de cada individuo humano. En el libro de Otto sobre *Lo santo, lo racional y lo irracional en la idea de Dios* podemos leer:

Para toda idea teísta de Dios, pero muy singularmente para la cristiana, es esencial que la divinidad sea concebida y designada con rigurosa precisión por predicados tales como espíritu, razón, voluntad, voluntad inteligente, buena voluntad, omnipotencia, unidad de sustancia, sabiduría y otros semejantes; es decir, por predicados que corresponden a los elementos personales y racionales que el hombre posee en sí mismo (Otto, 1996, p.2).

Tales son elementos designadores de la divinidad que poseemos los humanos como potencia creativa e intuición artística. Al ser éste un sentir universal, las diferenciaciones explícitas de sexo no estorban durante el acto creador, ya que éste supone a un mediador o mediadora como recurso de manifestación de lo inenarrable-sublime en la realidad objetual.

Al ser la técnica la herramienta de la que la o el artista se valen para arribar a la conclusión estética deseada, se convierten ambos, en sí mismos, en un camino más hacia la comprensión y transmisión de un lenguaje que trasciende barreras, no solamente de género, sino temporales, comunicativas, sociales e ideológicas, ya que lo realizado hace más de tres milenios en cuestión

artística continúa embelesando y suscitando debates para las generaciones humanas actuales, como la arquitectura y las diversas ramas artísticas grecolatinas, que complementan la diversidad de fuentes de las cuales abreva el mundo occidental.

En una suerte de ejercicio intelectual y literario en aras de una posible clarificación de un tema metafísico importante y ya antes revisado como lo es la *interpretación estética de la vida*, se tiene por objetivo el análisis de la *entidad/artista* y la transmutación matérica lograda a partir de la expresividad esencial que tiende a la unidad de los espíritus en tanto que espíritus o la espiritualización del pensamiento humano, en tanto que sea capaz de trascender, junto y por la contemplación estética de la obra de arte, la demarcación de las dimensiones físicas establecidas y convenidas, aquella sublimación de la técnica hacia un objetivo invisible pero reintegrador que aportan las grandes obras maestras de la Historia del Arte.

Puesto que el fin de ésta reflexión es exponer concisa y claramente las ideas propias acerca de lo que hay de divinamente artístico en el ser humano y la consecuencia que esto tiene en sus producciones, se pensó conveniente enfocar el escrito, y también por ser la herencia cultural que más influye al continente Americano, en el desglose de algunas ideas que el pensamiento occidental otorga acerca de lo que es el arte y la sacralidad inherente al acto de creación, una suerte de estética de lo sublime, puesto que no toda estética es trascendental en su fin último y no toda forma de arte, si es que recibe dicha etiqueta, expresa la divinidad interna dentro del ser humano. Se recuperarán, entonces, algunas ideas que abarquen las nociones referidas.

Desde épocas prehistóricas la familia humana alberga el deseo de expresar lo que le acontece

internamente modificando de alguna u otra manera las manifestaciones naturales presentes en su exterioridad, introduciéndose en un mundo de significaciones de la creación, ya sea por medios simbólico-religiosos o por el hecho de construir vivienda y todo lo que la supervivencia conlleva.

Los humanos hemos decidido modificar nuestro derredor cambiando, primero, nuestros sentimientos y paisajes internos. Se ha inquirido al autor del presente texto sobre si la modificación de dichas sensaciones y paisajística interior nos convierte más en *seres en devenir* que en *seres ya devenidos*, dicho de otra forma, en *seres continuamente cambiantes* más que en *entidades ya concluidas*, y en esto está de acuerdo el autor, en tanto que, para llegar a *ser* hay que *estar siendo* ya que, como seres que ya *somos* en vías de querer *seguir siendo*, vivenciamos que ya *somos* lo que *estamos siendo* y elegimos si *seguimos siendo*. Ya lo dice Leibniz en su *Monadología*, "Doy también por concedido que todo ser creado está sujeto al cambio y, por consiguiente, también la Mónada creada, e incluso que dicho cambio es continuo en cada una." (Leibniz, 1981, p.79).

Hacer mezcolanza de conceptos ontológicos no es la finalidad de la presente disertación. Lo aquí discurrido ya se ha visto en el trabajo alcanzado en épocas pretéritas, tanto por parte de filósofos y filósofas como de las incontables creaciones artísticas logradas, en tanto que Michelangelo Buonarroti (1475-1564), por ejemplificar, ya tenía vislumbradas en su mente las imágenes por esculpir a tal grado de llegar a desprender del mármol blanquecino de Carrara las más exquisitas figuraciones de lo mejor del físico del idealizado género humano sin tener que, en algunas ocasiones, realizar boceto alguno; de igual manera, Caravaggio (1593-1619), quien se aventurara a descargar la pasión vivificante del Barroco Italiano directamente en el lienzo o, como lo hará Vermeer (1632-1675) quien, rigurosamente, moldeara la perspectiva de la realidad para llegar al momento, imposible de delimitar pero sí de insinuar, en el que el milagro cotidiano sacraliza la monotonía, fundamentando así su trabajo en una técnica al servicio del momento, del instante dentro de un determinado tiempo y contexto, de lo no medible e inefable, pero representable en cuestiones proporcionales y armoniosas por muy

contradictorio que parezca. Así como la escultura de Miguel Ángel ya estaba concluida en su mente, la música de Mozart (1756- 1791) ya estaba distribuida en compases mentales listos para ser transcritos a las partituras, la pintura de Pontormo (1494-1557) y sus diseños ya estaban previamente anunciados en su espíritu, así también la imaginación humana logra objetivación no por la mera sapiencia de la técnica llevada a su más grande maestría expresiva, sino también y en gran medida, por aquella intuición mental que avizoran los grandes personajes a través del océano de las significaciones humanas. Por lo tanto, se infiere que, en efecto, los paisajes internos se transforman y concretan porque ya está en nosotros la conclusión a la cual arribar, como artistas o artífices de la vida misma, sea que la conozcamos de manera consciente o se albergue dicha posibilidad en nuestro inconsciente estético: *llegar a ser* es parte del *siendo* y éste, de lo *ya sido*.

En la mente, la *imaginación* y la voluntad, abrevando de las ideas *Leibzinianas*, confluyen como mónadas hacia la integridad unificadora de un intelecto evocador de imágenes, una suerte de razón sensible, una estética del pensar humano que produce los cambios y consagraciones que pasan a objetivar la esencia del arte acuñada en las obras maestras:

(...) las Mónadas no pueden comenzar ni acabar más que de repente, esto es, no pueden comenzar, a no ser por creación, ni acabar, a no ser por aniquilación; lo que es compuesto, por el contrario, comienza o acaba por partes (Leibniz, 1981, p. 75).

Al cambiar las circunstancias externas, al modificarlas, cambiamos también la topografía del paisaje de nosotros mismos, mas no la esencia de lo que somos, puesto que, al ya serlo, seguimos siendo, independientemente de la modificación aparente de la realidad *así llamada* física. Eso que somos es también en los animales, puesto que, como ellos, nosotros también participamos de lo instintivo animal y aunque nos creamos superiores a éstos, delfines, mamíferos, aves, reptiles e insectos han mostrado un uso intelectual y sensitivo tal que podrían igualar su inteligencia a la nuestra. No obstante, lo que en verdad nos define de los demás reinos conscientes de la vida es la cuestión del arte como experiencia trascendental

del ente-espectador, ya que hay especies que también modifican su espacio por cuestiones estéticas, aunado a alguna utilidad específica. Es así como se podrá definir a las manifestaciones artísticas como propias de un *ser* humano, en tanto que hay unificación sensible en y por la obra, dentro de ésta y gracias a la multiplicidad de sensibilidades; en tanto que hay *reconstrucción* estética en la variedad de perspectivas y en tanto que la creación es *re-creación* constante, volviendo a los artífices semejantes a su creador y esencial modelo: la naturaleza.

Piénsese a la naturaleza como objetivación práctica y estética sin fin alguno más que la de la expresión misma de la fuerza creadora que *es* y que proviene de sí misma: Vida, Dios, Universo, una cualidad creativa rayana en lo sagrado en tanto que, todo tiene un porqué de ser y cumple su función en el espacio y con la integridad.

Parte de la labor investigativa de los artistas es introyectar la estética de las formas históricas para luego encontrarse con las propias, o que éstas lo encuentren a uno, y elegir el modo de expresión necesario para tal difusión sensible. Del mismo modo, el trabajo del artista es transmitir una cadena simbólica de mensajes posibles que, en el mejor de los casos, se concatene en un último código universal que permita la sublimación estética de las formas mismas y culmine en la imaginación de quien contempla.

El sentido de lo místico en el ser humano ha sido clave tanto en la organización como en la participación cotidiana de comunidades prehistóricas; ése *algo más* que nos interpela y permea a todos como seres vivos se encuentra presente en la manera de concebir y llevar a cabo la expresión *artística* de los arcaicos humanos. No todos en la comunidad podían pintar, esculpir, tallar, tejer, etc., sino que las o los elegidos con vocación para tal responsabilidad eran quienes se adentraban en el mundo simbolista del arte parietal y mobiliario; mediadores entre lo visible y lo divino, chamanes del pensamiento artístico, transcritores de las fuerzas que recorren y generan el mundo, que codificaban la realidad decodificándola mediante lo que solemos denominar *artisticidad*.

En la prehistoria del mundo humano, primaba el arte por el arte mismo. A la par que se descubría

una forma expresiva inédita, se desarrollaba el intelecto sensible que, aunado a la emoción encauzada, a la razón sensibilizada, manifestaba lo divinal, lo inenarrable, aquello que antecede a la vida, la sostiene y la unifica, en tanto que de una variedad abundante de formas que principian y se culmina en un horizonte común, el de lo ignoto informe, el de la mortandad de las formas, el del fin de lo comenzado pero que sigue y seguirá empezando y concluyendo en ciclos incognoscibles universales.

Esta primacía de la expresión puramente artística generó, para ciertas sociedades en la antigüedad, cambios de actitudes en la percepción de la cotidianidad. Una vez cubiertas las necesidades tribales, se contemplaba más, se cavilaba estéticamente antes de emprender la manifestación plástica, se significaba lo creado generando lenguajes no verbales. El ser humano entonces llegó a modificar su manera de desenvolverse y pensar en sociedad; decodificó los mensajes de la naturaleza a través del arte y se transformó en dialogador activo. Esta suerte de conversación estética varió consecuentemente la disposición de los objetos en el espacio, reflejando el cambio en la percepción sensorial que se estaba adquiriendo, sacralizando el lugar de origen de tal inventiva y definiendo inéditos ritos y comportamientos dentro de la comunidad.

Esta suerte de divinización del arte, que principia en el paleolítico superior, llega a trascender la utilidad necesaria para llegar a una utilización relativa. Ésta, utilidad de imitación de la naturaleza, pero con una estilización creada a partir de un pensamiento humano, en consecuencia, una *recreación* de las figuras, un mundo natural propio, invistiendo al artista de concepción divina, permitiéndole modificar las subjetividades de sus coterráneos e influyendo en la percepción estética e ideológica de la comunidad en aras de una unidad entre lo invisible y lo aparente.

Posteriormente, la unidad fue quebrantada por las mismas sociedades cada vez que se practicaba la hegemonía artística en las civilizaciones conquistadas. La imposición de imágenes y motivos iconográficos conlleva un determinismo artístico hacia la comunidad subyugada en tanto que lo únicamente factible es la concreción de las

formas aceptadas e impuestas desde fuera. Esto conlleva un retraso, un anquilosamiento de libertad de expresión tal que, muchas manifestaciones estéticas se han visto coartadas y se han desvanecido del lienzo del mundo de las formas expresadas por la agresividad de los entes invasores y hegemónicos para con tal o cual cultura. Sin embargo, estas desavenencias históricas han propiciado asimilaciones estéticas únicas que han traído nuevas formas de ver y pensar la existencia. Estos cambios han sido provechosos si se deja de lado la debacle y el horror del comportamiento belicoso, cosa que es imposible de soslayar, pero que el arte ha logrado ir limando asperezas con las innovaciones en el plano de la difusión de ideas y pensamientos más acordes con las nuevas sociedades que se formaban a causa de tales hechos.

Las objetivaciones de dichas ideologías nuevas se ven mezcladas con los sentires de antaño, en cualquiera de los continentes a los que el hombre se haya adentrado. Tales disturbios sociales se vieron reflejados en choques estéticos que potencializaron a las artes rumbo a niveles vanguardistas con los que cohabitamos en la actualidad.

El concepto de *arte* y de lo estéticamente bello y agradable al gusto se ha *subjetivizado* patentemente durante el presente siglo XXI. Lo anterior nos ha dejado reminiscencias de las tendencias y movimientos que tanto moldearon al pensamiento occidental que, aunque se viva en una libertad exacerbada de creación plástica y artística, tal abundancia en las posibilidades contemplativas mantiene sumidos a muchos entes en una imposibilidad de decisión estética. No obstante, en tanto que la misma cantidad de rupturas transitadas y renovadas, el sentido de creación, y por ende, el sentido de lo divino, de lo sublime, de lo trascendental, generan una impermanencia de gusto artístico que solamente aquellos personajes doctos en las evoluciones de la historia del arte logran permanecer incólumes ante la avalancha de imágenes y simbolismos perceptuales que ahogan el mundo de los lenguajes humanos; ellos se guareciéndose precisamente en una serie de códigos previamente estudiados y que más que la necesidad de expresión, engloban conceptos clave que descontextualizan a quienes no han tenido tal

capacidad ni posibilidad intelectual ni estética de aprehender los lenguajes del arte.

Tal segregación de humanos capaces de comprender la trascendentalidad a través del arte ha tenido su justo opuesto en los movimientos de ruptura que se han sucedido a través de las épocas. Destrucción del objeto-artístico para volver a crear y repensar la realidad. Aunque no se cuente con el auxiliador bagaje de la cultura visual y artística, las obras maestras unifican aquellos espíritus que en su abundancia de formas y sentires se pierden de su destino manifiesto, la conjunción entre materialidad y alma.

Si bien el capitalismo y el mercado de lo estético europeizante han mermado la visibilización de otras maneras de pensar, con el uso consciente de las tecnologías de la información actuales se ha podido trascender tales limitaciones espacio-temporales y se ha logrado reconectar a todos quienes busquen el estado propicio de la apreciación estética en el arte. Es así que la contemplación y el proceso de digestión intelectual son partes fundamentales para acceder a tal entendimiento de lo sublime, en tanto cada individuo tiene la libertad de prepararse intelectualmente para asimilar el arte de las épocas pasadas de manera autodidacta. Sin embargo, no debe dejarse de lado que cierto tipo de arte o de historiografía del arte sigue quedando en el estrato de quienes asisten a las academias a cultivarse sensiblemente.

Ésta división entre arte ilustrado y arte vulgar es meramente una concepción humana. Desde el principio de la historia del *homo sapiens*, lo que ha importado y siempre importará es la expresión misma de una estética inmanente que atraviesa las formas y nos intriga como espectadores de la vida, conseguir el instante creativo, intuirlo y provocarlo dentro de esa congregación de sentires y variedades de pensamiento que, unidas en aras de una sensibilidad descifrada, sublima aquello que llamamos la obra de arte objetual. Si bien hay planos o capas de semiótica artística que varían según la manera de abordar el proceso creativo y que individualmente tenderíamos a captar o no, es la acción misma de cavilar aquello percibido y repensar lo ya construido lo que añade

belleza y maestría a cualquier manifestación de la inventiva humana.

En tanto que el humano crea y recrea la realidad que le compete, tanto interna como externamente, participa del génesis divino de aquella inteligencia primigenia que llevó a efecto la naturaleza visible y sensibilizó el espacio. Dentro de la obra cósmica deviene la estética del caos y la cacofonía de la destrucción para resurgir siempre eterna, siempre constante en su luminosidad creativa e infinita.

En conclusión, es el sentido de creatividad que abunda en los seres con raciocinio y estéticamente sensibilizados, como se asemeja la raza humana a la creación divina del todo por el Todo. Inclusive, lo que pensamos como falta de razón o incapaz de generar arte y cultura, aquellos otros reinos de la vida pluri y unicelular, son parte de la cultura de la vida y las creaciones artísticas de aquella potencia de creación-destrucción que anima al mundo de las formas, aquel Ying-Yang estético y abstracto que se objetivó hace millones de años y que sigue en constante objetivación figurativa e imaginativa. Como queremos nombrar, etiquetar o conceptualizar esta fuerza, no cambia la sustancia que ella en sí misma es, la potencia de vida, la fuerza de la naturaleza antes de las formas de la naturaleza, la invisibilidad posible que se pensó a sí misma, la intuición de Dios que albergamos como buenos hijos de éste, o esto, en tanto que se piense a la creación y evolución humana como parte de un proyecto divino o celestial. Aquella fuerza evolutiva que, le demos el apelativo que le demos, nos permea, nos constituye y es lo que somos cada vez que creamos lo que no podemos describir con palabras.

Bibliografía

- Leibniz, G. W. (1981). *Monadología*. Pentalfa Ediciones. Trad. Julián Velarde Lombraña.
- Rudolf, O. (1996). *Lo santo, lo racional y lo irracional en la idea de Dios*. Alianza Editorial. Trad. Fernando Vela.

